LAS CRUZADAS DE LOS NIÑOS



Por Rodrigo Fresán

Los cuentos y libros infantiles –esos mismos libros y cuentos infantiles que el psicoanálisis nos señala que no son tan infantiles después de todo– están casi siempre construidos alrededor de la idea del viaje como rito de pasaje e iniciación. Hay que moverse mucho para crecer o –en el caso de Peter Pan– para no crecer nada. Alicia, la cinética y alucinógena heroína creada por Lewis Carroll –seudónimo del reverendo Charles Lutwidge Dodgson, 1832-1898– no sólo revolucionó su percepción de la realidad sino, además, de paso, todo lo que se había producido en literatura para niños hasta entonces. A Carroll les bastaron dos pequeños inmensos libros –sorpresivos best-sellers en su día– que fascinaron a victorianos, psicodélicos (imposible no relacionarla con la *Lucy en el Cielo con Diamantes* de John Lennon y sus amigos) y a todo el que ahora y siempre se atreva a caerse en ellos. *Alicia en el País de las Maravillas* –de 1865 y originalmente conocido como *Las aventuras de Alicia bajo la tierra*– y *A través del espejo* (1871) son viajes fascinantes, trips que nunca terminan de agotar sus sorpresas y significados. La Alicia real y verdadera era la hija de su amigo el diácono Liddell, la cual, mucho más tarde, relató cómo esas aventuras delirantes les fueron referidos a ella y a sus dos hermanas: "Muchas de las historias del Sr. Dodgson nos fueron contadas en nuestras excursiones por el río, cerca de Oxford. Me parece que el principio de Alicia nos fue relatado en una tarde de verano en la que el sol era tan ardiente que habíamos desembarcado en unas praderas situadas corriente abajo del río y habíamos abandonado el bote para refugiarnos a la sombra de una inmensa parva de heno. Allí, las tres repetimos nuestro usual pedido: cuéntenos una historia, y así comenzó su relato, siempre delicioso. Algunas veces para mortificarnos o porque realmente estaba cansado, el Sr. Dodgson se detenía repentinamente diciéndonos: Esto es todo, hasta la próxima vez. Y nosotras tres exclamábamos al mismo tiempo: ¡Ah, pero ésta es la próxima vez!, y después de varias tentativas para persuadirlo, continuaba". En su nuevo libro de ensayos –*Step Across This Line*– el escritor indio Salman Rushdie examina el carácter liminar de los viajes de Alicia: "Cruzar una frontera es transformarse. Alicia cambia varias veces en su vagar por el País de las Maravillas. Se achica, crece y, al final, habiendo derrotado a la Reina de Corazones, pierde la paciencia y derriba todo este universo alternativo. Y entonces se despierta. Cruzar una frontera es, también, abrir los ojos". Lo mismo le ocurre a Dorothy de Oz, otra de las muchas viajeras lisérgicas que Alicia inspiró. Se sabe: soñar es viajar un poco. Y una vez que se viaja ya nunca se vuelve a ser la misma persona.

En las páginas que siguen, Alicia sigue a un conejo y se cae por un agujero para que se levante el telón de la aventura.

Alicia en el país de la

Por Lewis Carroll

Alicia estaba empezando ya a cansarse de estar sentada con su hermana a la orilla del río sin hacer nada: se había asomado una o dos veces al libro que estaba leyendo su hermana, pero no tenía ni dibujos ni diálogos, y ¿de qué sirve un libro si no tiene dibujos o diálogos? se preguntaba Alicia.

Así pues, se puso a considerar (con algún trabajo, pues con el calor que hacía aquel día se sentía adormilada y torpe) si el placer de tejer una cadena de margaritas le valía la pena de levantarse para ir a recogerlas, cuando de golpe saltó corriendo cerca de ella un conejo blanco de ojos rosados.

La cosa no tenía nada de *muy* especial; pero tampoco le pareció a Alicia que tuviera nada de *muy* extraño que el conejo se dijera en voz alta: "¡Ay! ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Qué tarde voy a llegar!" (cuando lo pensó más tarde, decidió que, ciertamente, le debía de haber llamado mucho la atención, mas en aquel momento todo le pareció de lo más natural); pero cuando vio que el conejo se sacaba, además, *un reloj del bolsillo del chaleco*, miraba la hora y luego se echaba a correr muy apresurado, Alicia se puso en pie de un brinco al darse cuenta repentinamente de que nunca había visto un conejo con chaleco y aun menos con un reloj de bolsillo. Y ardiendo de curiosidad, se puso a correr en pos del conejo a través de la pradera, justo para ver cómo se colaba raudo por una madriguera que se abría al pie del seto.

Un momento después, Alicia también desaparecía por la madriguera, sin pararse a pensar cómo se las iba a arreglar para salir después.

Al principio, la madriguera era como un túnel que se extendía hacia adelante, pero de pronto torció hacia abajo, tan inopinadamente que Alicia no tuvo tiempo ni para pensar en detenerse y se encontró cayendo vertiginosamente por lo que parecía un pozo muy profundo.

Sea porque el pozo era en verdad muy profundo, sea porque en realidad estaba cayendo muy despacio, la cosa es que a medida que descendía Alicia pudo mirar alrededor suyo con toda tranquilidad y preguntarse qué es lo que le iba a suceder después. Primero intentó mirar hacia abajo para ver a dónde iba a dar: pero estaba todo demasiado oscuro; luego se fijó en las paredes del pozo y observó que estaban cubiertas de armarios y anaqueles; aquí y allá se veían también mapas y cuadros colgados de algún clavo. Mientras caía, Alicia alcanzó a coger un jarro de una repisa y vio que tenía una etiqueta que decía: "Mermelada de naranja", pero con gran desilusión descubrió que estaba vacío. Como tenía miedo de que si tiraba el jarro a lo mejor le rompía la crisma a alguien que anduviera por abajo, se las arregló para dejarlo en uno de los armarios a cuyo lado estaba pasando a medida que seguía cayendo.

"¡Vaya!", pensó Alicia, "después de una caída como ésta, bajar rodando por las escaleras de casa me parecerá de lo más natural. ¡Qué valiente van a pensar que soy! ¡Anda, como que si me cayera del tejado tampoco diría nada!" (lo que a nosotros nos parece más que seguro).

A todo esto, Alicia seguía cayendo, cayendo y cayendo. Quizá ¿no terminaría *nunca* de caer? "Me gustaría saber cuántas millas habré descendido ya", dijo en voz alta. "Tengo que estar llegando ya bien cerca del centro de la tierra. Vamos a ver, me parece que está a 4000 millas de profundidad..." (es que, como se ve, Alicia había aprendido bastantes cosas como éstas en la escuela, y aunque no era el momento *más oportuno* para presumir de sabihonda, puesto que nadie la estaba escuchando, de todas formas el repetirlo le servía de práctica) "... sí, ésa me parece que es la distancia...; pero entonces me pregunto ¿a qué latitud y a qué longitud habré llegado?" (Alicia no tenía ni la menor idea de lo que era la longitud, ni tampoco de lo que era la latitud, pero le parecieron unas palabras bien imponentes para decir en ese momento).

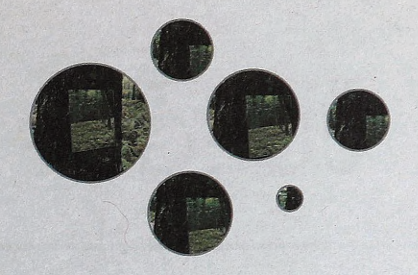
No tardó en reanudar sus cavilaciones: "¡A lo mejor caigo a través de *toda* la tierra! ¡Qué divertido será surgir de golpe por donde vive toda esa gente que anda sobre la cabeza! Los *antipáticos*, según me parece..." (Esta vez sí que se alegró de que no hubiera nadie escuchando, porque algo no le sonaba bien en lo que había dicho) "... pero entonces", prosiguió, "tendré que preguntarles cómo se llama el país en que viven: 'por favor, señora, ¿podría decirme si esto es Nueva Zelanda, o estamos más bien en Australia?'" (y mientras hablaba intentó una leve genuflexión como si de verdad estuviera ante una dama... ¡Imagínense! ¡Haciendo reverencias mientras caía por el aire! ¿Podrían hacerlo ustedes?). "¡La pobre señora se va a quedar horrorizada de tanta ignorancia! Así que eso no me conviene nada; será mejor que lo vea escrito en alguna parte."

Y a todo esto, seguía cayendo, cayendo y cayendo; y como no había otra cosa que hacer, al rato Alicia se puso a hablar otra vez: "¡Ay! ¡Cómo me va echar de menos Dina esta noche!" (Dina era el gato de casa.) "Espero que se acuerden de darle su platito de leche a la hora de cenar. ¡Ay, mi querida Dina! ¡Cómo me gustaría tenerte aquí abajo conmigo! Aunque, ahora que lo pienso, por el aire no hay ratones... pero podrías cazar murciélagos en cambio, que después de todo, ¿sabes? se parecen mucho a un ratón. Pero, ¿comerán murciélagos los gatos? ¿Quién sabe?"

Al llegar a este punto, sin embargo, Alicia comenzó a sentirse muy dormida, y continuó



Alicia en el país de las maravillas



Por Lewis Carroll

Alicia estaba empezando ya a cansarse de estar sentada con su hermana a la orilla del río sin hacer nada: se había asomado una o dos veces al libro que estaba leyendo su hermana, pero no tenía ni dibujos ni diálogos, y ¿de qué sirve un libro si no tiene dibujos o diálogos? se preguntaba Alicia.

Así pues, se puso a considerar (con algún trabajo, pues con el calor que hacía aquel día se sentía adormilada y torpe) si el placer de tejer una cadena de margaritas le valía la pena de levantarse para ir a recogerlas, cuando de golpe saltó corriendo cerca de ella un conejo blanco de ojos rosados.

La cosa no tenía nada de *muy* especial; pero tampoco le pareció a Alicia que tuviera nada de *muy* extraño que el conejo se dijera en voz alta: "¡Ay! ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Qué tarde voy a llegar!" (cuando lo pensó más tarde, decidió que, ciertamente, le debía de haber llamado mucho la atención, mas en aquel momento todo le pareció de lo más natural); pero cuando vio que el conejo se sacaba, además, *un reloj del bolsillo del chaleco*, miraba la hora y luego se echaba a correr muy apresurado, Alicia se puso en pie de un brinco al darse cuenta repentinamente de que nunca había visto un conejo con chaleco y aun menos con un reloj de bolsillo. Y ardiendo de curiosidad, se puso a correr en pos del conejo a través de la pradera, justo para ver cómo se colaba raudo por una madriguera que se abría al pie del seto.

Un momento después, Alicia también desaparecía por la madriguera, sin pararse a pensar cómo se las iba a arreglar para salir después.

Al principio, la madriguera era como un túnel que se extendía hacia adelante, pero de pronto torció hacia abajo, tan inopinadamente que Alicia no tuvo tiempo ni para pensar en detenerse y se encontró cayendo vertiginosamente por lo que parecía un pozo muy profundo.

Sea porque el pozo era en verdad muy profundo, sea porque en realidad estaba cayendo muy despacio, la cosa es que a medida que descendía Alicia pudo mirar alrededor suyo con toda tranquilidad y preguntarse qué es lo que le iba a suceder después. Primero intentó mirar hacia abajo para ver a dónde iba a dar: pero estaba todo demasiado oscuro; luego se fijó en las paredes del pozo y observó que estaban cubiertas de armarios y anaqueles; aquí y allá se veían también mapas y cuadros colgados de algún clavo. Mientras caía, Alicia alcanzó a coger un jarro de una repisa y vio que tenía una etiqueta que decía: "Mermelada de naranja", pero con gran desilusión descubrió que estaba vacío. Como tenía miedo de que si tiraba el jarro a lo mejor le rompía la crisma a alguien que anduviera por abajo, se las arregló para dejarlo en uno de los armarios a cuyo lado estaba pasando a medida que seguía cayendo.

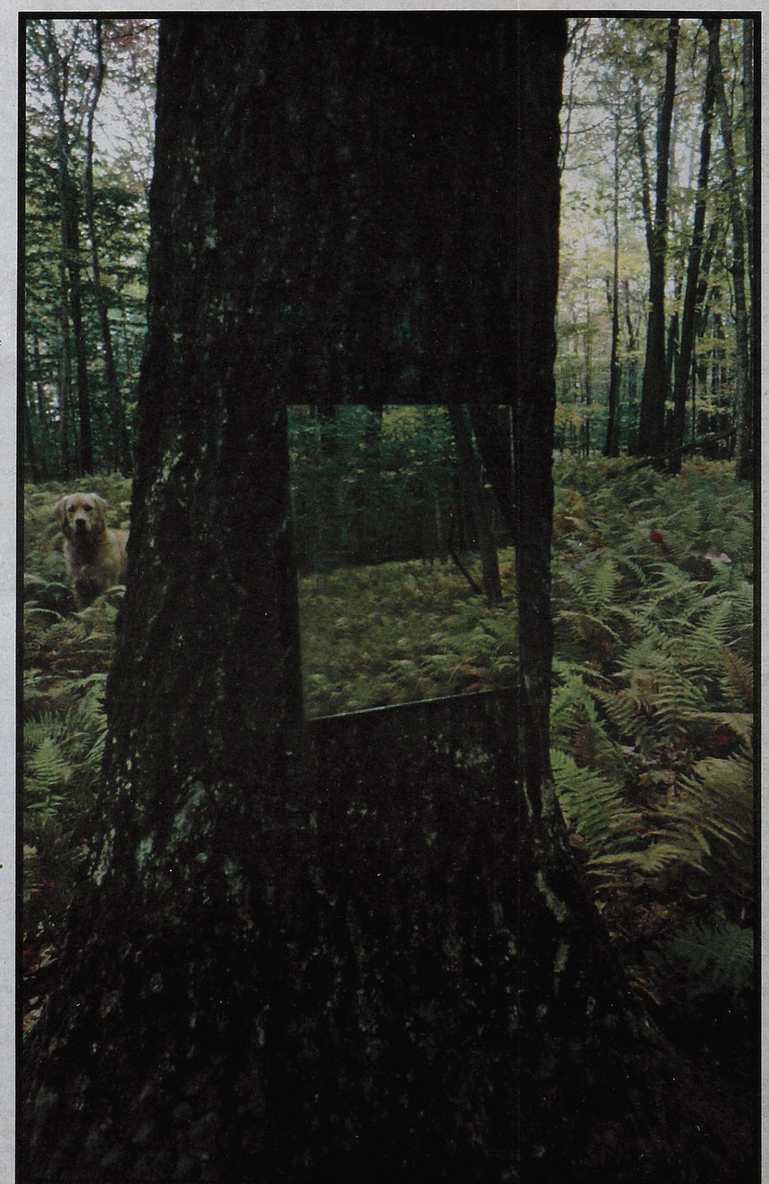
"¡Vaya!", pensó Alicia, "después de una caída como ésta, bajar rodando por las escaleras de casa me parecerá de los más natural. ¡Qué valiente van a pensar que soy! ¡Anda, como que si me cayera del tejado tampoco diría nada!" (lo que a nosotros nos parece más que seguro).

A todo esto, Alicia seguía cayendo, cayendo y cayendo. Quizá ¿no terminaría *nunca* de caer? "Me gustaría saber cuántas millas habré descendido ya", dijo en voz alta. "Tengo que estar llegando ya bien cerca del centro de la tierra. Vamos a ver, me parece que está a 4000 millas de profundidad..." (es que, como se ve, Alicia había aprendido bastantes cosas como éstas en la escuela, y aunque no era el momento *más oportuno* para presumir de sabihonda, puesto que nadie la estaba escuchando, de todas formas el repetirlo le servía de práctica) "... sí, ésa me parece que es la distancia...; pero entonces me pregunto ¿a qué latitud y a qué longitud habré llegado?" (Alicia no tenía ni la menor idea de lo que era la longitud, ni tampoco de lo que era la latitud, pero le parecieron unas palabras bien imponentes para decir en ese momento).

No tardó en reanudar sus cavilaciones: "¡A lo mejor caigo a través de *toda* la tierra! ¡Qué divertido será surgir de golpe por donde vive toda esa gente que anda sobre la cabeza! Los *antipáticos*, según me parece..." (Esta vez sí que se alegró de que no hubiera nadie escuchando, porque algo no le sonaba bien en lo que había dicho) "... pero entonces", prosiguió, "tendré que preguntarles cómo se llama el país en que viven: 'por favor, señora, ¿podría decirme si esto es Nueva Zelanda, o estamos más bien en Australia?'" (y mientras hablaba intentó una leve genuflexión como si de verdad estuviera ante una dama... ¡Imagínense! ¡Haciendo reverencias mientras caía por el aire! ¿Podrían hacerlo ustedes?). "¡La pobre señora se va a quedar horrorizada de tanta ignorancia! Así que eso no me conviene nada; será mejor que lo vea escrito en alguna parte."

Y a todo esto, seguía cayendo, cayendo y cayendo; y como no había otra cosa que hacer, al rato Alicia se puso a hablar otra vez: "¡Ay! ¡Cómo me va echar de menos Dina esta noche!" (Dina era el gato de casa.) "Espero que se acuerden de darle su platito de leche a la hora de cenar. ¡Ay, mi querida Dina! ¡Cómo me gustaría tenerte aquí abajo conmigo! Aunque, ahora que lo pienso, por el aire no hay ratones... pero podrías cazar murciélagos en cambio, que después de todo, ¿sabes? se parecen mucho a un ratón. Pero, ¿comerán murciélagos los gatos? ¿Quién sabe?"

Al llegar a este punto, sin embargo, Alicia comenzó a sentirse muy dormida, y continuó



diciendo así, entre sueños: "¿Comerán murciélagos los gatos? ¿Comerán murciélagos los gatos?", y a veces también se le escapaba un "¿Comerán gatos los murciélagos?", pues como verán, ya que no sabía cómo contestar a ninguna de las dos preguntas, no importaba cuál de las dos se hiciera.

Alicia sentía que se estaba durmiendo del todo y estaba justo empezando a soñar que se paseaba con Dina de la mano, y que le preguntaba con mucha ansiedad: "A ver, Dina, dime la verdad, ¿te has zampado alguna vez un murciélago?", cuando de golpe y porrazo cayó con gran estrépito sobre un montón de palos y hojas secas; la caída había terminado.

Alicia no sintió el menor daño y se puso en pie de un brinco. Miró hacia arriba, pero no se podía ver nada en esa oscuridad; delante de ella se abría otro largo pasadizo y por allí alcanzó a ver al Conejo Blanco, que se alejaba corriendo apresuradamente. ¡No había que perder ni un momento! Así que Alicia, sin pensarlo más, corrió veloz tras él y llegó justo a oírle exclamar, antes de que doblara un recodo: "¡Ay! ¡Por mis orejas y bigotes! ¡Qué tarde se me está haciendo!" A pesar de que Alicia estaba prácticamente detrás suyo, al doblar ella el ángulo del pasadizo no vio al Conejo por parte alguna: se encontró sola en un amplio vestíbulo, de techo bajo e iluminado por una hilera de lámparas colgadas del techo.

Alrededor de todo el vestíbulo se veían varias puertas, pero estaban todas cerradas con llave. Después de haberlas probado inútilmente todas, bajando primero por un lado y subiendo luego por otro, Alicia se paseó por el medio de la habitación, pensando tristemente cómo se las iba a arreglar para salir de ahí.

Súbitamente se encontró con una pequeña mesa de tres patas, toda ella de cristal; encima no había más que una pequeñísima llave de oro, y lo primero que pensó Alicia es que quizá le sirviera para abrir una de las puertas del vestíbulo. Pero, desgraciadamente, sea porque las cerraduras fueran demasiado grandes, sea porque la llave fuese demasiado pequeña, el hecho es que no pudo abrir ninguna. Sin embargo, al probarlas de nuevo, descubrió una cortina baja que no había observado hasta entonces, y tras ella encontró una pequeña puertecilla, como de dos palmos de altura: probó la llavecilla de oro en su cerradura y con alegría vio que ajustaba perfectamente.

Alicia abrió la pequeña puerta: daba a un corredor diminuto, no mucho mayor que el de una ratonera. Se arrodilló para mirar dentro de él y vio que al fondo se abría el jardín más maravilloso que pudiera imaginarse. ¡Qué ganas tenía de salir de ese lúgubre vestíbulo y pasearse alegremente por entre esos abigarrados macizos de flores y por esas frescas fuentes! Pero no podía siquiera meter la cabeza por ese corredor tan diminuto; "y además, aunque *pudiera*", pensó la pobre Alicia, "¿de qué me serviría sin los hombros? ¡Cómo me gustaría poder plegarme como un telescopio! Creo que hasta podría hacerlo si tan sólo supiera por dónde empezar." Y es que, como verán, a Alicia le habían sucedido cosas tan extraordinarias aquel día que había llegado a pensar que poco o nada era en realidad imposible.

Como no le iba a servir de nada quedarse allí pasmada ante la pequeña puerta, Alicia volvió a donde estaba la mesa, casi esperando encontrar sobre ella otra llave o, en todo caso, un libro de instrucciones sobre cómo plegarse como un telescopio. Esta vez, lo que encontró encima de la mesa fue un pequeño frasquito ("que ciertamente no estaba allí antes", dijo Alicia) y alrededor de cuyo cuello tenía colgado un cartelito de papel en el que se leía la palabra "Bébeme" hermosamente escrita en grandes caracteres.

Está muy bien eso de andar ordenando "bébeme" por ahí y "bébeme" por allá, pero Alicia, siempre tan lista, no iba a hacerlo así porque sí. "No", dijo, "primero voy a ver si por algún lado dice si es o no *veneno*"; pues había leído preciosas narraciones en las que ciertos niños habían acabado o quemándose o devorados por fieras salvajes u otras cosas no menos desagradables tan sólo por no haber querido hacer caso de las simples advertencias que sus amigos les habían enseñado: como, por ejemplo, que un hierro al rojo quema si no lo suelta uno a tiempo, o que si uno se corta el dedo *muy* hondo con un cuchillo acaba por lo general sangrando; y tampoco había olvidado Alicia que si uno se empeña en beber demasiado de una botella que diga "veneno", acabará sentándole a uno mal, tarde o temprano.

No obstante, esta botellita no decía "veneno" por ningún lado, así que Alicia se atrevió a probar su contenido; y como le gustara su sabor (era, en verdad, algo así como una mezcla de tarta de cerezas, flan, piña, pavo asado, melcochas y tostadas calientes con mantequilla), acabó pronto por bebérselo todo.

"¡Qué sensación más extraña!", dijo Alicia. "¡Siento como si me estuviera plegando como un telescopio!"

Y así era, en efecto: ahora tenía tan solo diez pulgadas de altura, y su cara se iluminó de alegría al pensar que tenía precisamente el tamaño adecuado para poder pasar por la puertecilla y entrar en aquel precioso jardín. Pero primero quiso esperar unos minutos para ver si iba a seguir menguando: esta idea le inquietaba un tanto, pues "a lo mejor resulta que acabo desapareciendo por completo, ya se sabe, como una vela", se dijo Alicia. "¿Qué sería entonces de mí?", se preguntó, intentando imaginarse qué le pasaba a la llama de una vela cuando se la apaga de un soplo, pues no recordaba haber visto nunca nada semejante.

Después de un rato, como vio que ya no le sucedía nada más, se decidió a entrar en el jardín inmediatamente; pero, ¡ay, pobre Alicia!, cuando llegó a la puerta se encontró con que se había dejado la llavecita de oro y cuando fue a por ella, la mesa le quedaba demasiado alta para alcanzarla. Podía verla claramente a través del cristal e intentó trepar por todos los medios por una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza; y cuando ya desesperó de cuántos esfuerzos hacía, la pobre niña se sentó en el suelo y se puso a llorar.

"¡Vamos! ¡De nada sirve llorar de esta manera!", se dijo Alicia a sí misma con bastante firmeza. "¡Será mejor que pares ahora mismo, si sabes lo que es bueno!" Es que Alicia solía darse por lo general muy buenos consejos (ahora, que rara vez los seguía), y a veces se regañaba tan severamente que se le saltaban las lágrimas; se acordaba incluso de unas buenas bofetadas que se dio ella misma por haber hecho trampas jugando al *croquet* consigo misma, pues a esta niña tan original le gustaba mucho comportarse como si fuera dos personas a la vez. "Sólo que de nada me serviría ahora", sollozó la pobre Alicia, "portarme como dos personas, ¡cuando apenas si queda *una*!".

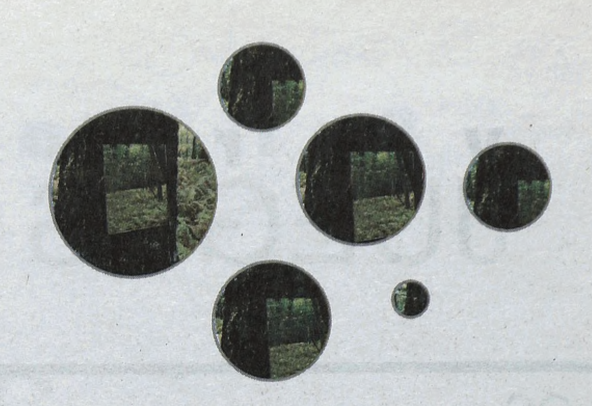
Al poco, sus ojos se posaron sobre una cajita de cristal que yacía bajo la mesa; la abrió y vio dentro un diminuto pastelillo sobre el que se leía "Cómeme" hermosamente escrito con letras de grosella. "Bueno, me lo comeré", dijo Alicia, "si me hace crecer, alcanzaré la llave, y si me hace menguar, siempre podrá deslizarme por debajo de la puerta; de una u otra manera entraré en el jardín, y si es así, a mí qué más me da una cosa que otra!"

Mordisqueó el pastelillo y se puso a ver ansiosamente: "¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde?", poniéndose la mano sobre la cabeza para ver en qué dirección iba a empezar a cambiar. Se quedó bien sorprendida cuando comprobó que no variaba ni en un sentido ni en el otro. Claro que esto es lo que generalmente sucede cuando se comen pasteles; pero es que Alicia estaba ya tan acostumbrada a que todo cuanto le sucediera fuera algo extraordinario, que le parecía francamente una sosada y una estupidez que la vida discurriese normalmente, como si nada.

Así pues, hincó el diente y en poco tiempo dio buena cuenta del pastelillo. ●

Se reproduce por gentileza de Alianza editorial.

as maravillas





diciendo así, entre sueños: "¿Comerán murciélagos los gatos? ¿Comerán murciélagos los gatos?", y a veces también se le escapaba un "¿Comerán gatos los murciélagos?", pues como verán, ya que no sabía cómo contestar a ninguna de las dos preguntas, no importaba cuál de las dos se hiciera.

Alicia sentía que se estaba durmiendo del todo y estaba justo empezando a soñar que se paseaba con Dina de la mano, y que le preguntaba con mucha ansiedad: "A ver, Dina, dime la verdad, ¿te has zampado alguna vez un murciélago?", cuando de golpe y porrazo cayó con gran estrépito sobre un montón de palos y hojas secas; la caída había terminado.

Alicia no sintió el menor daño y se puso en pie de un brinco. Miró hacia arriba, pero no se podía ver nada en esa oscuridad; delante de ella se abría otro largo pasadizo y por allí alcanzó a ver al Conejo Blanco, que se alejaba corriendo apresuradamente. ¡No había que perder ni un momento! Así que Alicia, sin pensarlo más, corrió veloz tras él y llegó justo a oírle exclamar, antes de que doblara un recodo: "¡Ay! ¡Por mis orejas y bigotes! ¡Qué tarde se me está haciendo!" A pesar de que Alicia estaba prácticamente detrás suyo, al doblar ella el ángulo del pasadizo no vio al Conejo por parte alguna: se encontró sola en un amplio vestíbulo, de techo bajo e iluminado por una hilera de lámparas colgadas del techo.

Alrededor de todo el vestíbulo se veían varias puertas, pero estaban todas cerradas con llave. Después de haberlas probado inútilmente todas, bajando primero por un lado y subiendo luego por otro, Alicia se paseó por el medio de la habitación, pensando tristemente cómo se las iba a arreglar para salir de ahí.

Súbitamente se encontró con una pequeña mesa de tres patas, toda ella de cristal; encima no había más que una pequeñísima llave de oro, y lo primero que pensó Alicia es que quizá le sirviera para abrir una de las puertas del vestíbulo. Pero, desgraciadamente, sea porque las cerraduras fueran demasiado grandes, sea porque la llave fuese demasiado pequeña, el hecho es que no pudo abrir ninguna. Sin embargo, al probarlas de nuevo, descubrió una cortina baja que no había observado hasta entonces, y tras ella encontró una pequeña puertecilla, como de dos palmos de altura: probó la llavecilla de oro en su cerradura y con alegría vio que ajustaba perfectamente.

Alicia abrió la pequeña puerta: daba a un corredor diminuto, no mucho mayor que el de una ratonera. Se arrodilló para mirar dentro de él y vio que al fondo se abría el jardín más maravilloso que pudiera imaginarse. ¡Qué ganas tenía de salir de ese lúgubre vestíbulo y pasearse alegremente por entre esos abigarrados macizos de flores y por esas frescas fuentes! Pero no podía siquiera meter la cabeza por ese corredor tan diminuto; "y además, aunque *pudiera*", pensó la pobre Alicia, "¿de qué me serviría sin los hombros? ¡Cómo me gustaría poder plegarme como un telescopio! Creo que hasta podría hacerlo si tan sólo supiera por dónde empezar." Y es que, como verán, a Alicia le habían sucedido cosas tan extraordinarias aquel día que había llegado a pensar que poco o nada era en realidad imposible.

Como no le iba a servir de nada quedarse allí pasmada ante la pequeña puerta, Alicia volvió a donde estaba la mesa, casi esperando encontrar sobre ella otra llave o, en todo caso, un libro de instrucciones sobre cómo plegarse como un telescopio. Esta vez, lo que encontró encima de la mesa fue un pequeño frasquito ("que ciertamente no estaba allí antes", dijo Alicia) y alrededor de cuyo cuello tenía colgado un cartelito de papel en el que se leía la palabra "Bébeme" hermosamente escrita en grandes caracteres.

Está muy bien eso de andar ordenando "bébeme" por ahí y "bébeme" por allá, pero Alicia, siempre tan lista, no iba a hacerlo así porque sí. "No", dijo, "primero voy a ver si por algún lado dice si es o no *veneno*"; pues había leído preciosas narraciones en las que ciertos niños habían acabado o quemándose o devorados por fieras salvajes u otras cosas no menos desagradables tan sólo por no haber querido hacer caso de las simples advertencias que sus amigos les habían enseñado: como, por ejemplo, que un hierro al rojo quema si no lo suelta uno a tiempo, o que si uno se corta el dedo *muy* hondo con un cuchillo acaba por lo general sangrando; y tampoco había olvidado Alicia que si uno se empeña en beber demasiado de una botella que diga "veneno", acabará sentándole a uno mal, tarde o temprano.

No obstante, esta botellita no decía "veneno" por ningún lado, así que Alicia se atrevió a probar su contenido; y como le gustara su sabor (era, en verdad, algo así como una mezcla de tarta de cerezas, flan, piña, pavo asado, melcochas y tostadas calientes con mantequilla), acabó pronto por bebérselo todo.

"¡Qué sensación más extraña!", dijo Alicia. "¡Siento como si me estuviera plegando como un telescopio!"

Y así era, en efecto: ahora tenía tan solo diez pulgadas de altura, y su cara se iluminó de alegría al pensar que tenía precisamente el tamaño adecuado para poder pasar por la puertecilla y entrar en aquel precioso jardín. Pero primero quiso esperar unos minutos para ver si iba a seguir menguando: esta idea le inquietaba un tanto, pues "a lo mejor resulta que acabo desapareciendo por completo, ya se sabe, como una vela", se dijo Alicia. "¿Qué sería entonces de mí?", se preguntó, intentando imaginarse qué le pasaba a la llama de una vela cuando se la apaga de un soplo, pues no recordaba haber visto nunca nada semejante.

Después de un rato, como vio que ya no le sucedía nada más, se decidió a entrar en el jardín inmediatamente; pero, ¡ay, pobre Alicia!, cuando llegó a la puerta se encontró con que se había dejado la llavecita de oro y cuando fue a por ella, la mesa le quedaba demasiado alta para alcanzarla. Podía verla claramente a través del cristal e intentó trepar por todos los medios por una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza; y cuando ya desesperó de cuántos esfuerzos hacía, la pobre niña se sentó en el suelo y se puso a llorar.

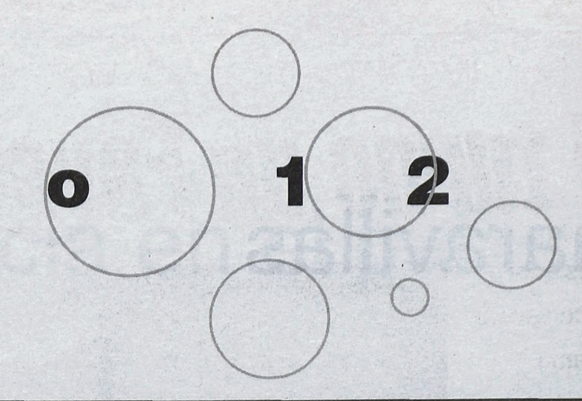
"¡Vamos! ¡De nada sirve llorar de esta manera!", se dijo Alicia a sí misma con bastante firmeza. "¡Será mejor que pares ahora mismo, si sabes lo que es bueno!" Es que Alicia solía darse por lo general muy buenos consejos (ahora, que rara vez los seguía), y a veces se regañaba tan severamente que se le saltaban las lágrimas; se acordaba incluso de unas buenas bofetadas que se dio ella misma por haber hecho trampas jugando al *croquet* consigo misma, pues a esta niña tan original le gustaba mucho comportarse como si fuera dos personas a la vez. "Sólo que de nada me serviría ahora", sollozó la pobre Alicia, "portarme como dos personas, ¡cuando apenas si queda *una*!".

Al poco, sus ojos se posaron sobre una cajita de cristal que yacía bajo la mesa; la abrió y vio dentro un diminuto pastelillo sobre el que se leía "Cómeme" hermosamente escrito con letras de grosella. "Bueno, me lo comeré", dijo Alicia, "si me hace crecer, alcanzaré la llave, y si me hace menguar, siempre podrá deslizarme por debajo de la puerta; de una u otra manera entraré en el jardín, y si es así, a mí qué más me da una cosa que otra!"

Mordisqueó el pastelillo y se puso a ver ansiosamente: "¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde?", poniéndose la mano sobre la cabeza para ver en qué dirección iba a empezar a cambiar. Se quedó bien sorprendida cuando comprobó que no variaba ni en un sentido ni en el otro. Claro que esto es lo que generalmente sucede cuando se comen pasteles; pero es que Alicia estaba ya tan acostumbrada a que todo cuanto le sucediera fuera algo extraordinario, que le parecía francamente una sosada y una estupidez que la vida discurriese normalmente, como si nada.

Así pues, hincó el diente y en poco tiempo dio buena cuenta del pastelillo. ●

Se reproduce por gentileza de Alianza editorial.



JUEGOS

LOS VIAJES DEL SR. SPOCK

A lo largo de su vida, el Sr. Spock realizó muchos viajes, en diferentes naves y con varios objetivos. Usted puede enterarse cuándo, a dónde y por qué viajó, siguiendo las pistas que le damos.

1. "Skywalker" partió antes que "Nexus".
2. La nave que fue a Vulcano salió en el año 2035.
3. La primera expedición fue a Klingon, en donde se instaló una estación espacial.
4. "Commodore" partió diez años después que la que iba a Marte, a donde no hubo que ir a rescatar a nadie.
5. "Titán" partió antes que la que iba a buscar muestras, pero después que la que fue a capturar al asesino.

	Iba a: Klingon	Luna	Marte	Vulcano	Año: 2025	2030	2035	2040	Objetivo: Captura	Estación	Muestras	Rescate
Nave: Commodore												
Nexus												
Skywalker												
Titán												
Objetivo: Captura												
Estación												
Muestras												
Rescate												
Año: 2025												
2030												
2035												
2040												

S.O.S.

Nave	Iba a	Año	Objetivo
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....

CRIPTOFRASE

En el esquema se esconde una frase. A igual número corresponde igual letra. Como ayuda va un cuadro auxiliar con las letras que intervienen

1 L	2	■	3	4	3	5	6 T	2	■
3	7	8	■	9 Q	5	10	■	11	7
3	12 R	2	6	10	11	■	11	10	■
10	8	13	10	8	10	8	7	■	11
10	■	1	1	2	14	2	15	2 :	■
3	7	8	7	3	10	6	10	■	2
■	6	4	■	14	4	11	14	7 .	■

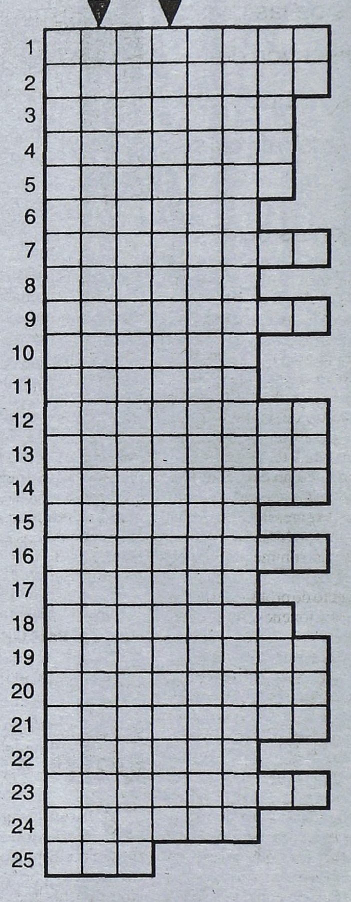
A	B	C	E	I	L	M	N	O	Q	R	S	T	U	V
					1				9	12		6		

ACROSTICO

Encuentre las palabras definidas y escríbalas en el diagrama, a razón de una letra por casilla. Al terminar, en las columnas destacadas con flechas quedará formada una frase. Como ayuda, damos la lista de sílabas que componen las palabras.

DEFINICIONES

1. Que tiene un solo polo.
2. Pastoril.
3. Víscera, intestino.
4. Zanja por donde van las aguas.
5. Sacudida grande.
6. Fuerza, brío.
7. Hacer que armonicen dos personas o cosas.
8. Relativo al ohmio.
9. Atemperar, templar.
10. (Palabra inglesa) Juego semejante al frontón.
11. Espacio de cinco años.
12. Pedazos de hierro y clavos con que se cargaban las piezas de artillería.
13. Aceptado, aprobado.
14. Biberón.
15. De propósito, de intento.
16. El que tiene a su cargo una casa.
17. Sólido en forma de globo.
18. Planta violácea.
19. Dar a entender.
20. Tirar piedras.
21. Manubrio.
22. Además.
23. Que ha obtenido un premio.
24. Estado del Oriente Medio.
25. Perro.



SILABAS

a, a, a, ad, ar, ba, bu, can, ce, co, co, có, con, cu, de, de, do, do, dón, dre, dre, en, es, fe, her, ím, in, je, la, lar, le, Lí, li, lla, lus, ma, ma, ma, ma, me, mi, mi, mia, nar, ni, ni, no, nuar, ña, o, óh, pe, pe, pe, po, pre, quia, ra, ra, rar, sa, ser, si, sí, squash, ta, tem, ti, tra, tra, tro, tro, tu, u, ve, vio.

SOLUCIONES

LOS VIAJES DEL SR. SPOCK

Commodore, Luna, 2040, muestras.
Nexus, Marte, 2030, captura.
Skywalker, Klingon, 2025, estación.
Titán, Vulcano, 2035, rescate.

CRIPTOFRASE

"La cicuta con que Sócrates se envenenó se llamaba: Conócete a ti mismo." Oliverio Girondo.

ACROSTICO

1. UNIPOLAR./ 2. BUCOLICO./ 3. ENTRAÑA./ 4. ACEQUIA./ 5. SACUDON./ 6. IMPETU./ 7. HERMANAR./ 8. OHMICO./ 9. TEMPERAR./ 10. SQUASH./ 11. LUSTRO./ 12. METRALLA./ 13. ADMITIDO./ 14. MAMADERA./ 15. ADREDE./ 16. CONSERJE./ 17. ESFERA./ 18. VIOLETA./ 19. INSINUAR./ 20. APEDREAR./ 21. MANIVELA./ 22. OTROSI./ 23. PREMIADO./ 24. LIBANO./ 25. CAN.
"Nunca me he quedado sin patria porque mi patria es el idioma." María Zambrano